

tigable mariscal *Ney*, que en estos tres ataques vió morir cinco caballos de los que montaba.

« En aquella pequeña eminencia sería donde sentado Napoleón y teniendo á su derecha al mariscal *Soult*, á su lado una botella de *Burdeos*, y en la mano un vaso de vino, en que de tiempo en tiempo humedecía maquinalmente los labios, viendo acercársele su hermano *Jerónimo* y el mariscal *Ney* cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, se sonrió diciéndoles : « Así es como me gustan mis bravos. » Allí sería donde clavados siempre los ojos en la gran lucha, de que hasta entónces llevaba la ventaja, envió á buscar tres vasos á la casa de su guía *Lacoste*, uno para *Soult*, otro para *Ney*, y otro para el príncipe *Jerónimo*, remedo del *facciamus hic tria tabernacula* de la escritura, *tibi unum, Elie unum, Moisi unum*; y no habiéndose encontrado mas que dos, los llenó con su misma mano, y alargó uno á cada uno de los mariscales, dando despues el suyo á *Jerónimo*.

» Allí fué donde con el acento dulce que él sabía emplear en las ocasiones, le dijo á *Ney* tuteándole por la primera vez desde la vuelta de la isla de *Elba* : « *Ney*, mi bizarro *Ney*, vas á tomar los doce mil hombres de *Kellermann* y de *Milhaud*, y cuando se te reunan mis *grognaards*, darás una carga, y si viene *Grouchy*, la victoria será nuestra. »

» Aquella debe ser la *Bella- Alianza*, donde se reunieron *Wellington* y *Blucher* despues del combate. Mas adelante veo el sitio donde Napoleón hizo todo lo posible por morir, segun refieren los franceses. Yo me figuro estarle viendo con su uniforme verde y su cruz de oficial de la *Legion de Honor*, interponerse entre los batallones ingleses y las líneas francesas buscando la muerte, y me represento á su hermano *Jerónimo* tirándole por detras de la casaca; y me parece ver al bravo guerrero *Corso*, al general *Campi*, ponerse con impasible serenidad entre el emperador y las baterías enemigas para salvarle de la muerte con su cuerpo ó con su caballo. Y allí fué sin duda donde al cabo de tres horas de horrible matanza, se volvió el emperador á su hermano y le dijo : « Vamos, pues; parece que la muerte no me quiere todavía. *Jerónimo*, yo te doy el mando en jefe del ejército; siento haberte conocido tan tarde. » Y le tiende la mano, monta en un caballo que él le presentó, pasa como milagrosamente por medio del enemigo, llega á *Genappe*, se detiene unos momentos, intenta rehacer el ejército, y viendo inútiles sus tentativas, vuelve á montar á caballo, y llega á *Laon* en la noche del 19 al 20. Napo-

leon y la *Francia* cayeron, la cuestion de *Europa* se decidió. Ni una piedra, ni una inscripcion hay que recuerde la *Francia* en aquellos campos donde pelearon encarnizadamente 200,000 guerreros con mas de 500 piezas de cañon. »

Despues de haberme saciado de contemplaciones y de recuerdos, bajámos de la montaña, entrámos en una casita que al pié de ella se ha erigido, donde se enseña una coleccion de armaduras y despojos cogidos en el campo de batalla : sentámos nuestros nombres en un libro, dejámos un franco por persona, volvimos á *Mont-Saint-Jean*, tomámos nuestra carretela, y á las siete de la noche estábamos de regreso en *Brusélas*.

—
GANTE.

El quantazo de *Cárlos V*.

— ¿ Señor, y adónde vamos á parar desde aquí? me preguntó *Tirabeque* al siguiente dia. — Á *Flándes*, le dije. — ¿ Vamos á poner allí alguna pica, Señor? — Eso quedará de tu cargo en llegando allá. En efecto, á las dos horas y média ya estábamos en el hotel del *LEON DE ORO* de la capital de la *Flándes Oriental*, por supuesto despues de haber pasado por la consabida *MALINAS*.

Estamos, pues, en la tierra clásica de la agricultura, que dicen los belgas, aunque yo pienso encontrarla mas clásica todavía; si bien no les niego que está con esmero y con inteligencia cultivada; estamos en la tierra de los árboles frutales, de los sustanciosos ganados, y de los caballos de estima; en la tierra de los afamados tejidos de hilo y algodón; en la tierra de las flores naturales, de que los floristas belgas hacen un comercio florido que no se conoce acaso en otro algun país del mundo; y estamos por fin en la *GANTE* de las 90,000 almas, en la *GANTE* de las 26 islas y los 80 puentes, que forman y cruzan sus cuatro rios, el *Escalda*, el *Lys*, el *Lieva* y el *Moesa*, que dan impulso y ayuda á las numerosas fábricas de vapor en que se emplean 30,000 obreros.

Apénas nos posesionámos del hotel, se posesionó de nosotros en clase de *commissionnaire* un respetable flamenco como de 40 á 50 años, alto, moreno, patilludo, serio y formalote; taciturno ademas, y de aquellos de *interrogatio* et *responsio*. Era el vice-versa del de *Brusélas*: conocia bien el pueblo, pero sin duda no le conocia

mas que en coche, porque el coche fué la primera necesidad que nos indicó para nuestro plan de visita. — ¿Qué es lo que Vds. desean ver ántes? nos preguntó (y pocas mas preguntas nos volvió á hacer). — Yo, respondió Tirabeque, lo que deseo ver pronto es esa manteca de Flándes tan rica que dicen que hay por aquí. — Pues yo, le dije (y no haga Vd. caso de este simploté) quisiera ver cuanto ántes la casa en que nació Carlos V. — Vamos pues : entremos en uno de estos coches.

Asombrado me quedé yo Fr. Gerundio al ver que del palacio en que nació aquel gran monarca, en cuyos dominios no se podía nunca el sol, solo se conservaba un viejo y negrusco paredon circundado de miserables casuchas. — ¿Pues qué (le pregunté al *commissionnaire*), tan mal se portó Carlos V con los ganteses, que así han dejado arruinarse la casa en que nació al mundo el monarca mas grande de su siglo? Contadnos, pues, algo de su historia, si no os es molesto. — ¡Ah! vos sois españoles.... — No importa, somos españoles despreocupados; referid lo que sepáis y gustéis. El hombre venció su natural taciturnidad y dijo :

« Señores : el emperador cuando se fué á España dejó por gobernador de los Países-Bajos á su hermana María de Austria. Esta princesa pidió un subsidio extraordinario para sostener las guerras del emperador : los ganteses se negaron á contribuir, y se sublevaron. Mas de un año se pasó en sediciones y parlamentos. Por último resucitó la antigua faccion de las *Caperusas blancas*, bajo el nombre de *Cressers* ó *Alarmistas*; se apoderó de la administracion municipal, arrojó los nobles, puso la ciudad en rebelion abierta, y se preparó á una defensa vigorosa. El emperador desde España veia indignado que una sola ciudad se las apostase tan insolentemente al señor de tantos reinos, y conociendo que solo su presencia debia restablecer la calma y someter á los ganteses, pide permiso á Francisco I para pasar con un ejército por la Francia, y se dirige apresuradamente á Gante. Su aproximacion llena de espanto á los ganteses, y le envían doce diputados implorando clemencia. — Yo, les responde, no entraré en Gante sino como soberano, con el cetro en una mano y la espada en la otra. Hace en efecto su entrada en la ciudad el 16 de Febrero de 1540 á los 40 años justos de su nacimiento : manda cerrar las puertas, y convoca sobre la marcha el Consejo de los nobles y de los magistrados, para acordar el castigo que deberia imponer á la ciudad rebelde. Los ganteses tiemblan.

» Sin embargo, continuó, la severidad no correspondió al apa-

rato amenazador que habia desplegado. Verdad es que el duque de Alba, á quien el emperador pidió parecer, propuso que toda la ciudad fuera arrasada *de fond en comble*, sin que quedara piedra sobre piedra. — Señor, interrumpió Tirabeque, bien me dijo Vd. en Brusélas, que habíamos de hallar rastros y reliquias del duque de Alba; ¡caramba con las moscas que gastaba el hermano! — Pero el emperador le hizo subir consigo á la torre del *Beffroi*.... esperad, estamos al pié de la torre del *Beffroi*; para, cochero; salgámos señores.

» Hé aquí la torre del *Beffroi*. Entre los principales privilegios concedidos á los ganteses en el establecimiento de los comunes, se cuenta el de la campana de *somaten*, que esto es lo que significa *beffroi*, para convocar al pueblo á la aproximacion del enemigo. ¿Veis esos cinco campanarios? pues en el del medio está la famosa campana de *somaten* de Gante. ¿Veis aquel enorme *dragon* de cobre dorado, que le sirve de veleta? El es mayor que un toro. En los dias de gran fiesta se ilumina de noche con antorchas y por la boca escupe cohetes, y los lanza hasta las nubes.

» Pues bien, á esta torre del *Beffroi*, hizo subir Carlos V al duque de Alba, y haciéndole notar la extension de esta ciudad inmensa, y bien duque de Alba, le dijo, vos que me aconsejáis la demolicion del pueblo, decidme : ¿cuántas pieles de españoles calculáis que serian necesarias para hacer un *gant* de este tamaño? (1) El duque reconoció por la pregunta que su Consejo no le habia hecho la mayor gracia al emperador, y bajó la cabeza sin contestar una palabra. — ¡Caramba, mi amo, y qué *quantazo* tan bien dado sacudió con eso al duque de Alba el hermano emperador! Allí se encontraron los guardas con.....— Calla, te he dicho.— Así fué que jamas el emperador empleó en Bélgica á aquel hombre feroz. La ciudad pues, fué condenada á una fuerte multa y á la pérdida de sus principales fueros. De todos los sentenciados á muerte, que eran muchos, solo hizo decapitar á 23 jefes de los *alarmistas*; otros 40 fueron desterrados; mandó construir una ciudadela para tener siempre en respeto al pueblo, y los magistrados y los habitantes de mas distincion de la ciudad se presentaron á implorar misericordia al emperador en traje de

(1) El emperador hablando en frances, usó el retruécano de *Gand, Gante y Gant, Gante*, que en frances tiene la misma pronunciacion. « *Combien de peaux d'Espagnols faudrait-il pour faire un gant de cette grandeur?* »

penitentes, con la cabeza y los piés desnudos, y una sogá al cuello. »

— Señor, dijo Tirabeque, vea Vd. una cosa que no la hacían los españoles, aunque supieran que los picaban vivos. — Y si no, añadió el hermano Anselmo, que viera el señor emperador si se le humillaban así las Comunidades de Castilla. — Señores, si en mi relacion he ofendido á los españoles, dijo el guia, yo os pido bien que me perdonéis. — No, no, todo al contrario, le dije yo; no es que mis compatriotas se hayan ofendido, no hacen sino comparar sencillamente el carácter español con el flamenco.

Calderon de la Barca.

¿Cómo había yo de pensar encontrarme aquella noche en el teatro de Gante con mi paisano Calderon de la Barca? Pero así fué, que allí estaba en compañía del Tasso y otros hermanos de la cofradía dramática, y sobre los músicos Mehul, Bellini, Wéber y consortes. Y no tuve poco gusto por cierto, en ver en tan lejanas tierras, aunque fuera en retrato, á nuestro autor de LA DAMA DUENDE, cuyos huesos hacia poco habían andado removiendo en Madrid, llevándolos en solemne procesion del templo A para el cementerio X. Achaque de hombres grandes que ni despues de muertos los han de dejar descansar quieta y pacíficamente en un sitio.

La barba rubia y el mirar travieso del personaje que se veía pintado en el telon de boca, no dejaban dudar que eran de Carlos V, porque los retratos de Carlos V y los de Napoleon tienen una singularidad, y es que nadie acierta á hacerlos tan mal que no se conozcan y distingan al primer golpe de vista de los de todos los otros hombres: sobre él se leía: — *La ciudad de Gante alienta las artes, la ciencia y la industria.* — Y encima las armas de la ciudad con el lema: *fides et amor.*

Una ópera en tres actos, *Robert d'Evreux*, un drama en dos, *L'interdiction*, y un vaudeville nos soplaron aquella noche, con arreglo á la costumbre franco-belga de obsequiar con cinco horitas de funcion, y perdonen Vds. la cortedad. El teatro me pareció mejor que los actores: pero lo grande, lo bello, lo admirable y magnífico del teatro de Gante es el *foyer* ó sala de descanso; excede en mucho á los mejores *foyers* de Paris, y no sé si le habrá mas suntuoso en ningun otro teatro del mundo.

San Bavon y San Babilés.

Á ninguno de los cuatro españoles se nos olvidarán jamas las blandísimas, mullidísimas y comodísimas camas del hotel del *Leon de Oro* de Gañte, ni á Tirabeque se le olvidará tampoco la apetecible manteca que le pusieron y nos pusieron para el té matutinal.

Reconozco que esto nada tiene que ver con San Bavon, mucho ménos habiendo sido San Bavon un hombre que renunciando espontáneamente á la rica manteca de su país y á aquellas camas imperiales, tuvo el capricho de alimentarse de yerbas silvestres y de vivir en el campo dentro del tronco de un árbol carcomido. Pero ya viene el *commissionnaire* provisto de coche, y hétenos que nos metemos en él, y somos llevados á visitar la catedral de San Bavon.

Jamas me pudo pasar por las mientes que el templo consagrado á un santo cuyo nombre ni siquiera había llegado á mis oídos, fuese uno de los templos mas ricos de toda la cristiandad, como lo es sin disputa la catedral de Gante. ¡Qué prodigalidad de mármoles! ¡Qué abundancia de preciosas esculturas! ¡Qué riqueza de admirables cuadros! Fijémonos en uno solo; detengámonos en la undécima capilla; contemplemos ese cuadro del *Cordero*, que le da el nombre; veamos esa obra de los hermanos *Van Dyck*, inventores de la pintura al oleo; saciemos, si es posible saciarla, nuestra vista en ese que se cree el segundo cuadro al oleo que se hizo en el mundo; ¡qué frescura! ¡qué tintas! ¡qué vivacidad de tonos despues de cuatro siglos de antigüedad! ¡Ah! El secreto de *Juan Van Dyck*, aunque trasmitido á sus discípulos, no ha llegado hasta nosotros.

Todos los esfuerzos de los pintores modernos no han podido alcanzar este lustre, esta viveza de colorido de las obras de *Juan Van Dyck*. Todas las partes de la admirable composicion que tenemos á la vista están tratadas con el mismo esmero, con la misma superioridad. Las figuras tienen la nobleza y la gracia de la escuela italiana, aunque no esté del todo exentas de la crudeza del estilo aleman. La cabeza de Cristo respira una majestad verdaderamente divina, la Virgen es bella como las vírgenes de Rafael; la figura severa del Bautista forma un admirable contraste con el candor sublime de la madre de Dios, y entre los grupos de los

apóstoles que adoran al cordero inmaculado, se distinguen los retratos de los dos hermanos Van Dyck. Maravillosa es la ilusión que producen todos sus detalles.

Viene la guerra de la independencia, y un general francés, curioso apañador de cuadros, como tantos otros franceses, le echa boníticamente el guante en unión con otras pinturas, y le lleva y coloca con mucha gracia en su gabinete de París, de donde pasó despues al de Mr. Dausaert-Engels, de Brusélas, á quien hace poco se le compró el rey de Prusia, con el fin de unirle á los seis *volets* ó portezuelas originales que se extraviaron del cuadro de San Bavon, y que este monarca logró adquirir por la suma de 410,900 francos, es decir, por mas de millon y medio; discorra el curioso lector si los postigos solos del cuadro han valido mas de millon y medio de reales, ¡quién será capaz de apreciar *el cuadro de la capilla del Cordero de San Bavon!*

Pero la mejor apología de este riquísimo cuadro es su curiosa historia. El rey de España, Felipe II, conoció bien que era una alhaja digna de un gran príncipe, y trató de comprársela al cabildo de San Bavon. Pero los canónigos que sabian bien lo que tenian en casa, le dijeron al hermano Felipe que excusara de molestarse, porque no alargarian el cuadro por todo el oro del mundo. Viendo el rey que los canónigos se le habian plantado, bajó la cabeza (y no era cabeza la de Felipe II que se bajara á un dos por tres) y se limitó á pedirles que le permitieran sacar una copia. Accedió á ello el cabildo, y en su virtud encomendó S. M. C. esta obra difícil á Miguel Coxie, de Malinas, llamado el Rafael flamenco. Este ilustre artista, despues de haber pedido al Ticioano que le mandara de Venecia el azul que habia de emplear en el manto de la Virgen, dió al cabo de dos años de trabajo, concluida la obra, la cual se halló tan acabada y perfecta, que la copia no se distinguía del original. Cuatro mil florines de oro le valió la obra, y el rey Felipe II enriqueció con ella la galería de su escorial.

Muchas otras preciosidades vimos en las catorce capillas de aquel gran templo, entre ellas el cuadro famoso de Rubens en la capilla 14, que representa á San Bavon en el acto de ser recibido monje en la abadía de *Said-Amand*, cuya composicion es un prodigio de ciencia; los mausoleos del coro, el sepulcro del último abad en la iglesia subterránea hecha de piedra de toque (*lapis lidius*), y otras mil riquezas que nos enseñó menuda y detenidamente el atento y obsequioso sacristan. — ¿Qué te parece, le pregunté á mi lego, de la catedral de San Bavon? — No puedo

decir á Vd. mas, me respondió, sino que en esta iglesia de *San Bavon* yo estoy hecho un *San Babilés*.—Y yo igualmente, añadió el hermano Isidro sin preguntárselo. El hermano Anselmo y yo no lo decíamos por decoro, pero sin decirlo lo estábamos tambien.

¡Santa Bárbara bendita! ¡y qué atrocidad de cañon!

Desde la catedral nos dirigimos al *Mercado del Viérnes*, ó sea la plaza así llamado del mercado, que cada viérnes en ella se celebra. En una de las calles que desembocan en el mercado, « ved, señores, esa pieza, » nos dijo el guia, muy serio y como quien enseña un objeto cualquiera. — ¡Santa Bárbara bendita! exclamó Tirabeque, ¡y qué atrocidad de cañon! — ¡Qué barbaridad! exclamó Isidro. — ¡Qué disparate! exclamamos nosotros. — Estáis viendo la *maravilla de Gante*, nos dijo el cicerone. — Mejor diréis, le repliqué yo, *la maravilla del mundo*. — Bien pudiera decirse así, contestó él, porque es el mas grande cañon que se conoce en Europa: él pesa 16,401 libras mas que el grueso cañon de San Petersburgo. — ¿Pues cuánto pesa la cañita, si se puede saber? — Pesa 33,606 libras: tiene 18 piés de largo, 10 piés y 6 pulgadas de circunferencia, y el diámetro de su boca es de cerca de 3 piés: él data de los primeros años de la invencion de la artillería: su forma es casi igual á la de las piezas que defienden la entrada de los Dardanelos; reparad, está forrado de aros de hierro.

Todos nos acercámos á verlo y tocarlo: el hermano Isidro lo contemplaba con mas avidez que hubiera examinado Murillo un cuadro de Rafael, y de tiempo en tiempo exclamaba: ¡vaya, que ya hay aquí material con fuerza! ¡el diablo son estos extranjeros. — ¿Y no tiene nombre este chismecillo? pregunté yo. — Sí, me respondió el *commissionnaire*, se llama *Margarita la rabiosa*. — Pues cuidado con una rabieta de doña Margarita! repuso Tirabeque. — ¿Y no me diréis con qué objeto se fabricó este escándalo de hierro? — Os lo diré.

« Segun refiere Froissart, los ganteses para proteger la guarnicion de Audenarde, acordaron construir una bombardita maravillosamente grande, cuya espoleta era de 53 pulgadas, y con la cual pudiesen arrojar á los sitiadores gruesos y pesados peñascos. Así lo hicieron, y era tanto el estruendo que la bombardita hacia cada vez que se descargaba, que su estampido se dejaba oír á las

cinco leguas de día, y á las diez de noche, tanto que, como observa graciosamente el mismo Froissart, parecia que todos los demonios del infierno andaban en danza. » — De modo, le interumpí yo, que parece haberse hecho exclusivamente para pintar el estruendo de esta pieza aquel verso latino que dice :

Horrida per campos bam bim bombardas sonabant.

— No entiendo latin, respondió el *cicerone*. Y he aquí un *cicerone* que todo lo tendria ménos lo de *Ciceron*. — Lo que puedo decir es que en el año 1452 cuando habia en el *Mercado del Viérnes* 12,000 paisanos amotinados y armados de garrotes claveteados de hierro para resistir las tropas de Felipe el Bueno, les hizo este cañon un gran servicio.

Yo invité á Tirabeque á que se embutiera el cuerpo dentro del cañon, como suelen hacerlo por capricho los ingleses, pero él me contestó con mucha viveza : — Señor, los ingleses siempre han tenido unos caprichos muy raros : yo no tengo por conveniente encañonarme de ese modo, porque supongo que lo mismo en Flándes que en España el diablo las carga ; y denme lo que quieran con Margaritas de buen genio, pero con *Margaritas rabiosas* no quiero tratos tan íntimos.

Las carniceras Princesas.

La entrada en el *Mercado del Viérnes*, teatro sangriento de los pronunciamientos de Gante, nos dió ocasion para hablar de otros mercados, y entre ellos de los mercados ó abastos de la carne, ó sea de las carnicerías. — ¡ Oh ! aquí los carniceros, nos dijo el conductor, son príncipes que han causado grandes matanzas y horribles carnicerías, que de estos en todas partes los hay y ha habido, sino de los carniceros ó cortantes, de estos que despachan la carne de comer para el público. — Pues esos, me replicó, son aquí *Príncipes de la sangre*. — Segun eso, repuso Tirabeque, las *carniceras* serán *princesas* tambien. — En efecto. — ¡ Tambien Vd. quiere burlarse como el otro, señor comisionista ? Pues Vd. me parecia hombre mas formal. — ¡ Oh ! yo no me burlo. Los carniceros, *los hijos del Príncipe*, que así son nombrados, han tenido grandes privilegios : ellos han tenido el derecho de llevar su estandarte de honor á las ceremonias públicas, el de asistir á la

inauguracion de los soberanos, y el de hacerles la guardia de honor..... ¡ Oh ! aquí las dos carnicerías que hay, *la gran carnicería* y *la pequeña carnicería*, han sido el patrimonio de unas pocas familias ricas, sin que nadie pudiese ejercer la profesion sino sus descendientes en línea recta.

— Hombre, por San Bavon y Santa Coleta, haga Vd. el favor de explicarnos ese misterio.

— Yo lo explicaré.

« El emperador Carlos V era un monarca tan popular, que no tenia reparo en mezclar su sangre con la de las familias mas plebeyas, especialmente cuando la hermosura de alguna jóven. . . . ¡ Oh ! señores los emperadores tienen sus pasiones tambien. — Vamos, hombre, explíquese Vd. sin miedo, le dijo Tirabeque : eso sería que tuvo algun trapillo con alguna carnicera de buenos bigotes que le gustó. — Eso es cabalmente lo que cuenta la historia, aunque en ella no se lee que la tal jóven tuviera bigotes, ántes al contrario, refiere que era de rostro hermoso y de tez muy fina y delicada. — Pues tambien eso es cabalmente lo que en España se llama tener buenos bigotes. Y siga Vd., que en cada tierra se explica la gente á su modo.

» Pues bien, de aquella desigual union resultó, dice la historia, un robusto infantito, que en lo rubio no desmentia el origen de la paternidad. El emperador, en la alegría de verse reproducido, preguntó á la madre qué era lo que mas deseaba para concedérselo. Ella dijo que el privilegio exclusivo de vender la carne en toda la ciudad, concentrado en los descendientes del fruto de sus amores. Así se lo otorgó fácilmente el emperador. Aquel pequeño hijo de príncipe tuvo, andando el tiempo, otros dos hijos varones, y de ellos han descendido las dos familias que tienen hoy *la grande y la pequeña carnicería*. Desde entónces se llamó á los carniceros *príncipes de la sangre, ó los hijos de príncipe*, y fueron obteniendo todos esos privilegios de que os he hablado.»

— ¡ Lo que son las flaquezas humanas ! exclamó el hermano Anselmo : está visito que los monarcas mas poderosos no están exentos de las debilidades de la naturaleza. — ¡ Lo que aprende un hombre viajando ! decia Isidro. — ¡ De lo que pende, bien pensado, dije yo, el origen de las clases y de las alcurnias ! — ¡ Lo que hace, concluyó Tirabeque, una carnicera de buenas carnes !